

**Lecturas, redes y polémicas en torno a la emergencia de la crítica literaria en  
Argentina: el caso de Pedro Goyena**

Alejandro Romagnoli  
(UBA-CONICET)

*... lo que siempre es preciso entender es la especificidad de la respuesta, que no es un “juicio” abstracto sino una práctica definida, en relaciones activas y complejas con su situación y su contexto totales, aun cuando incluya, como a menudo es necesario que lo haga, respuestas positivas o negativas*  
(Raymond Williams, “Crítica”, *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*).

“Carecíamos de un crítico, de un expositor siempre en la brecha, de las doctrinas del buen gusto, para que no se extraviara el criterio público y tuvieran una guía ilustrada y segura los intentos literarios de la juventud”. Quien escribe no es sino Juan María Gutiérrez. Se trata de una carta que le envió a Pedro Goyena a propósito del texto que este había publicado en la *Revista Argentina* sobre la aparición del primer tomo de las *Obras Completas* de Esteban Echeverría y que Gutiérrez –como le avisa a su interlocutor– en este mismo intercambio epistolar– incluiría en el tomo V. La cita continúa en el mismo tenor: Goyena, según Gutiérrez, se presentaba “llenando” un “vacío”, y, por sus dotes y estudios, capacitado para “desempeñar” una “misión”, ya que el crítico tendría más poder que cualquier otro escritor para revolucionar las costumbres (carta reproducida en Samaniego, 1921: 124-125).

La carta suscita algunos interrogantes: ¿cómo se explica que Gutiérrez, considerado el iniciador de la crítica literaria en Argentina por trabajos que publicara desde la década de 1830, le declarase a Goyena, con apenas un manejo de artículos, que había venido a llenar un lugar “vacío”? ¿Simple cortesía o el hecho es sintomático de las condiciones de posibilidad que por entonces sustentaban el discurso de la crítica literaria? ¿Será que Goyena, de 27 años, sabría mejor que Gutiérrez, de 61, guiar “los intentos literarios de la juventud”? O, de nuevo, son otras las razones que motivaban esos elogios:

acaso mero ornato, pero acaso también signos visibles de un discurso, el de la crítica literaria, que por esos años reconocía un momento fuerte de *emergencia*, en el sentido de Raymond Williams (2009: 169).

De Goyena existen dos imágenes que han sobrevivido en la historia de la literatura: por un lado, la que lo muestra como defensor acérrimo del catolicismo en el marco de la modernización liberal del gobierno roquista y, por el otro, y es la que aquí interesa, la de aquel que es considerado como un autor ineludible –en el sentido modestísimo de que merece aunque más no sea una mención– de un discurso que por entonces sólo por momentos pareciera poder no confundirse con otros discursos: por supuesto, me refiero al de la crítica literaria.

Su investidura de crítico la obtuvo básicamente por sus artículos publicados durante la primera época de la *Revista Argentina* (1868-1872). Goyena publicó entre 1869 y 1871, pero el grueso de sus aportes lo hizo durante 1870, cuando reemplazó a José Manuel Estrada en la dirección. Una fecha, unos años que pueden pensarse como un límite: si, por entonces, Gutiérrez coronaba su actividad crítica e historiográfica con la publicación de las obras completas de Echeverría y con su ensayo sobre Juan Cruz Varela, en Goyena podrían reconocerse los comienzos de nuevos modos de la crítica literaria. Pero ¿es realmente así? Y, si lo es sólo en apariencia, ¿qué factores explicarían esa impresión?

Ante todo, lo que parece poder distinguirse como una modalidad emergente es la del comentario y análisis de textos contemporáneos, es decir, la reseña. Es verdad que el comienzo de la crítica, y precisamente bajo esa forma, suele datarse hacia los años de la generación romántica en los comentarios que recibieron los primeros libros de Echeverría, ya sea que se considere que fue el ideario romántico el que trajo la novedad de la crítica (Amante, 2003: 163) o que se entienda que el romanticismo obligó a los escritores adscriptos al neoclasicismo a afirmar su palabra frente a la irrupción de la novedad estética (Sarlo, 1967: 46-47). Sin embargo, el caso de Goyena es significativo porque su campaña crítica se trató justamente de eso, de una campaña, es decir, de una práctica llevada adelante con mayor o menor *regularidad*. A propósito, y para insistir con la comparación con Gutiérrez, cabría recordar que este no se destacó por la profusión de reseñas; y si es evidente que las escribió, y que en algunos casos se trata de los textos más recordados del autor, como la que dedicó a las *Rimas* de Echeverría, también hay que mencionar otras, como la dedicada al *Facundo*, célebre por la confesión (en carta a Alberdi) de no sentir lo que ha escrito y de haber escrito antes de haber leído.

Todo esto, en parte, lo decía el propio Goyena en un artículo en que reflexionaba sobre la copiosa recepción crítica de la segunda edición de las poesías de Estanislao del Campo, nombre que tendría la fortuna –según agregaba– de quedar asociado “a los primeros ensayos de crítica hechos en Buenos Aires sobre autores contemporáneos”. Allí Goyena afirmaba sobre la tarea de Gutiérrez que, si bien “ha escrito páginas preciosas sobre varios escritores y poetas que honran la literatura argentina. [...] no nos ha revelado su juicio respecto de los contemporáneos, por razones que sospechamos y estamos obligados en todo caso a respetar” (Goyena, 1870b: 65).

### *La crítica como discurso modernizador*

Sin entrar en el análisis de los temas, autores y operaciones con que Goyena armó su mapa de la literatura argentina, nos preguntamos cuál es la concepción de la crítica que se desprende de sus artículos. En principio, puede decirse que Goyena diagnosticaba un cambio en la propia institución. Si le parecía que la crítica literaria había estado siempre marcada por “la indiferencia, la diatriba o la lisonja”, y que todavía seguía estándolo por el recelo, sostenía asimismo que había signos de una nueva situación, y que pronto se llegaría “a tener en materias de literatura una administración de justicia, bien organizada, sin que haya habido necesidad de convocar para ello una Convención Constituyente” (Goyena, 1870b: 66).

Se trata, entonces, del crítico como juez, una concepción que podría tenerse como poco moderna, pero sólo si no se tiene en cuenta el diagnóstico que el propio Goyena ensayaba sobre la política y la sociedad de la época. En un artículo del mismo año (“La cuestión electoral”) planteaba una visión de la historia argentina según la cual habían quedado atrás las pasiones políticas y en la que solo se advertía progreso y reformas en torno a las cuales, agregaba, existía un consenso absoluto, aunque, por cierto, tal consenso no impedía que Goyena argumentara a favor de sus propias propuestas. Lo que quiero sugerir es que la avizorada como una pronta consecución de una crítica literaria que fuera una bien organizada “administración de justicia” formaba parte de ese momento de modernización que delineaba Goyena.

Incluso la relación podría llevarse más allá. Se podría vincular su definición de la crítica literaria con lo que, en ese mismo texto sobre la cuestión electoral, afirmaba acerca de las necesarias reformas en la Administración de Justicia (ahora con mayúscula): que los jueces debían ser inamovibles, que debía garantizarse su idoneidad por medio del

juicio de residencia y que su elección no podía ser popular, dado que el pueblo era incapaz de apreciar la ciencia de los jurisconsultos (Goyena, 1870a: 417-418). De la identidad de lo que Goyena esperaba fuera la Justicia (con mayúscula) con la crítica literaria da testimonio un juicio a propósito de la poesía de Ricardo Gutiérrez. Allí sostenía que la gente, “poco reflexiva” y carente de “criterio literario ilustrado”, prefería “todo lo estruendoso o chillón a lo íntimo o profundo”; en otros términos, la gente, por lo general, no prefería los versos de Ricardo Gutiérrez. Sin embargo, el crítico –como el juez– es aquel que con su saber especializado podía garantizar un cierto orden: “la falta de popularidad de sus versos es algo que no debe preocupar penosamente a Gutiérrez, a quien la crítica dará siempre un lugar muy distinguido entre los argentinos favorecidos por la musa” (Goyena, 1869: 325).

### *La polémica como estrategia de legitimación*

La polémica ha sido una estrategia de legitimación en la emergencia de la crítica literaria. En 1870, Goyena se involucró en al menos dos. La más recordada es la que entabló con Eduardo Wilde sobre la utilidad de la poesía y la posibilidad de que exista poesía sin versificación. Sintomática de un momento en que la literatura buscaba una autonomía que le negaban –aunque cada vez menos– las condiciones materiales de producción, la polémica tuvo como disparador las *Rimas* de Estanislao del Campo, y eso no es fortuito si se piensa que el *Fausto*, el poema más descollante del volumen, ha sido interpretado como un momento de autonomía en la medida en que despolitizaría el género de la gauchesca.

La otra polémica fue con José Mármol y constituye una defensa de la crítica literaria. En rigor, no se trata propiamente de una polémica, ya que fue Goyena quien al sentir herida su investidura salió en defensa de la misma crítica literaria, maltratada por el poeta romántico en el folletín de *La Nación* cuando sostuvo que era la actividad “más inferior del espíritu humano”, “luz de refracción”, limitada a señalar “los defectos sin crear las bellezas que deben reemplazarlos”, en definitiva, un mero “trabajo de destrucción” (citado por Goyena, 1870c: 82). Irónico, Goyena sostuvo que Mármol no podía ser quien hubiera escrito lo que escribió, y buscó refutarlo punto por punto. Argumentó que nadie inventa de la nada y que, por tanto, no existe diferencia entre el talento inventivo y el talento crítico (Goyena, 1870c: 85); rechazó la asimilación de la

crítica a la sátira, y agregó que, incluso cuando su labor se limita a la parte negativa, no deja por eso de ser un aporte positivo (Goyena, 1870c: 88).

La polémica, entonces, como forma de legitimación, aunque no con la centralidad que adoptaría en la serie de crítica literaria que Martín García Mérou llevó a cabo una década después desde las páginas del *Álbum del Hogar* y que despertó respuestas en *La Ondina del Plata*, la *Revista Literaria* y *La Nación*, entre otras publicaciones. Fallida la experiencia de Goyena habría que esperar una década para que un incipiente mercado de bienes simbólicos y culturales permitiera otra campaña crítica como la que intentó García Mérou. Lo hizo con novedades: con un tono mucho más acre, y, asimismo, con una escritura mucho más rápida, como si fueran comentarios o pincelazos (“Palmetazos” es el nombre de la sección), es decir, con una lógica más cercana a la circulación de la prensa que la que habían tenido los artículos de Goyena, todavía más en deuda con la circulación del libro. Sobre el carácter fallido de la campaña crítica de Goyena, Sergio Pastormerlo (2006: 11) lo atribuyó a la producción insuficiente de textos literarios; es por eso, sostuvo, que la crítica debió dedicarse a los estudios históricos, y solo en la década siguiente encontraría sus condiciones de posibilidad la crítica en forma de reseña.

La relación con García Mérou no es tampoco fortuita en la medida que fue uno de los que contribuyó a la construcción de la imagen de Goyena como continuador de Gutiérrez, además de implícitamente postularse él mismo como otro eslabón de la cadena: “Nadie ha querido recoger la herencia gloriosa de Don Juan María Gutiérrez y de Pedro Goyena”, afirmó en *Confidencias literarias* (1894: 14). Sobre el lugar destacado de García Mérou, y, por tanto, sobre el alcance de sus juicios, apenas si recordaré que Ludmer (1999: 50, 121, 263) lo llamó el “crítico oficial” del 80.

### *Goyena en el ochenta*

Ahora bien, por lo que toca a Goyena, de los años de la década de 1880 la imagen que sobresale es aquella otra que mencionábamos al comienzo, la de defensor del catolicismo. Si bien es verdad que en el 80 no dejó de escribir textos críticos —y, según un biógrafo, que encontró papeles inéditos, nunca dejaría de hacerlo—, estos fueron aún más escasos que los publicados anteriormente. Sin embargo, fue en el 80 cuando se publicaron sus opiniones literarias más conocidas. Me refiero a las que configuran otra polémica, la que entabló con Eugenio Cambaceres a propósito de *Pot-pourri. Silbidos de un vago*. No me detendré en los puntos que se discuten en esas cartas, sino que me interesa

acceder de una manera más oblicua a lo que vengo tratando de ceñir aquí, la construcción de la figura de Goyena como crítico literario. Por ejemplo, me interesa esta frase de Goyena:

[...] el autor de *Pot-pourri*, apenas impreso el libro, ha emprendido un viaje a Europa; de manera que si hubiera habido aquí algún Sainte-Beuve empeñado en darle consejos, le habría contestado: “Bueno, señor, no siga, cálese; me voy lejos, muy lejos; no me diga que viaje porque me embarco en este momento (Goyena, 11 de noviembre de 1882: 1, col. 3).

Es decir, Goyena le reprocha a Cambaceres haberle sacado el cuerpo a su texto, que no haya comparecido ante el tribunal de la crítica. En su respuesta, Cambaceres le devolvió con ironía su imagen de crítico –“Puede decirse de usted con plena y entera justicia que es, en literatura, el Fétis de su generación” (en Esposito, 2011: 121)–, pero me interesa detenerme en una figuración previa a la polémica (o que la desata), es decir, la que figura en la propia novela *Pot-pourri*. Allí el narrador se pregunta: “¿Por qué, muerto Juan María Gutiérrez, Pedro Goyena es el *causeur* más agradable del país?” (Cambaceres, 2001: 77). La referencia los trata de *causeur*, no de críticos, pero la reducción de la serie, además del propio vínculo entre la crítica y el género de la *causerie* vía Sainte-Beuve, resulta significativa. De nuevo, como en García Mérou, Goyena aparece como el principal continuador de Gutiérrez. Aunque aquí, por supuesto, el elogio no está libre de sospecha; el “secreto” de Goyena, estudiar al público, afinarse al “diapasón común”, seducir como lo hacen los diamantes a las mujeres, ya se trate de arte, de política o de comercio, si no es un “grosero *truc* de bastidores”, como dice el narrador, no deja por eso de ser una mera “cábula” (Cambaceres, 2001: 77-78).

En definitiva, para concluir estas líneas: Goyena, sin un libro que recogiera sus intervenciones –la primera antología se haría recién en 1917–, apenas con la serie de artículos aparecidos hacia 1870, logró convertirse en un referente de su generación como crítico literario. La relectura de su obra permite pensarlo como un articulador, esto es, alguien capaz de condensar un momento inaugural o transicional de la crítica. Bastaron esos pocos textos, esas pocas figuraciones sobre la crítica y su tarea, esas polémicas más o menos amigables, más o menos enconadas, para ocupar un lugar al lado de Gutiérrez, al menos para la llamada generación del 80, y que fue la que, en virtud de un incipiente

mercado de bienes simbólicos y culturales, encontró formas más específicas para un discurso como el de la crítica literaria que entonces emergía con rasgos más modernos.

## **Bibliografía**

### *Obras de Pedro Goyena citadas*

- Goyena, Pedro (1869), “Ricardo Gutiérrez. ‘La fibra salvaje–Lázaro’”, *Revista Argentina* (1868-1872: primera época), t. V, pp. 289-354.
- (1870a), “La cuestión electoral”, *Revista Argentina* (1868-1872: primera época), t. VI, pp. 409-425.
- (1870b), “El señor Del Campo y sus críticos”, *Revista Argentina* (1868-1872: primera época), t. VIII, pp. 65-72.
- (1870c), “Crítica literaria – De cómo el señor D. José Mármol no es el folletinista XX de *La Nación*”, *Revista Argentina* (1868-1872: primera época), t. VIII, pp. 81-91.
- (11 de noviembre de 1882), “Potpourri.–Silbidos de un vago” (de carácter festivo), *La Unión*, año 1, n° 85, p. 1, col. 3-5

### *Otras fuentes citadas*

- Cambaceres, Eugenio (2001), *Pot-pourri. Silbidos de un vago*, Barcelona, Editorial Sol 90/Agea.
- García Mérou, Martín (1894), *Confidencias literarias*, Buenos Aires, Argos.

### *Bibliografía crítica*

- Amante, Adriana (2003), “La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez”, en Schwartzman, Julio (Dir. del volumen), *Historia crítica de la literatura argentina: la lucha de los lenguajes* (Dir. Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé, pp. 487-515.
- Blanco, Oscar (2006), “De la protocritica a la institucionalización de la crítica literaria”, en Rubione, Alfredo (Dir. del volumen), *Historia crítica de la literatura argentina: la crisis de las formas* (Dir. Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé, pp. 451-486.
- Laera, Alejandra (2004), *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, FCE.
- Ludmer, Josefina (1999), *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil.

- Pastormerlo, Jorge (2006), “1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial”, en Diego, José Luis de, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 1-28.
- Sáenz Samaniego, Agustín (1921), *Pedro Goyena y su época*, tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Sarlo, Beatriz (1967), *Juan María Gutiérrez: historiador y crítico de nuestra literatura*, Buenos Aires, Escuela.
- Williams, Raymond (2000), *Palabras clave: un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (2009), *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta.